





PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE VALPARAÍSO  
FUNDACIÓN ISABEL CACES DE BROWN  
CHILE

# ¿Qué significa ser profesor de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso?

Marianne Peronard Thierry  
*Doctora Honoris Causa PUCV*

INAUGURACIÓN DEL AÑO ACADÉMICO  
Lunes 26 de marzo de 2012



*Marianne Peronard Thierry* nació en Valparaíso, el 13 de diciembre de 1932. La doctora Peronard es una de las lingüistas más destacadas de Chile; Miembro de Número de la Academia Chilena de la Lengua y Correspondiente de la Real Academia Española; Premio Gabriela Mistral del Gobierno de Chile; Profesora de Inglés y Doctora en Filosofía con mención en Filología Románica de la Universidad de Chile.

Su docencia universitaria -tanto de pre y postgrado- así como sus investigaciones, han estado orientadas a la formación y perfeccionamiento, tanto de profesores de lengua materna y de lenguas extranjeras como en la formación de investigadores de vanguardia. Sus aportes especializados en el área de Lenguaje y Comunicación, han cristalizado en aspectos pedagógicos recogidos en reformas educacionales impulsadas por el Ministerio de Educación.

Ha sido Directora para Chile de la Cátedra UNESCO y Miembro de la Comisión Nacional de la UNESCO en Chile; Miembro del Grupo de Trabajo de Ciencias del Lenguaje de FONDECYT y del Comité de Ciencias Sociales de CONICYT, y Presidenta de la Sociedad Chilena de Lingüística. Fue nombrada Mujer Destacada 1988 por la Asociación de Mujeres Profesionales de Chile. En el año 2007, fue distinguida con el grado de Doctor *Scientiae et Honoris Causa* de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.



*E*l rector, don Claudio Elórtegui me ha pedido, para mi sorpresa, dirigirme a ustedes con ocasión de la inauguración del año académico 2012. Me siento muy honrada y al mismo tiempo agradecida por esta invitación pues será una ocasión propicia para expresar públicamente mi agradecimiento a esta Universidad porque me ha permitido buscar **y encontrar** en ella una forma de vida que amo hasta el día de hoy. Tengo la más profunda convicción que todo profesional, en realidad todo el mundo debería tener la oportunidad de trabajar en aquello que ama o dicho tal vez en forma más realista, llegar a amar aquello en lo que trabaja. Para lograr esto es necesario que uno mismo busque, dentro de las posibilidades que le da su medioambiente, aquello que realmente lo llene y le produce el placer de contribuir a algo mayor que uno.

A pesar del título, no pretendo exponer aquí una definición. Por el contrario les contaré parte de la historia de la Universidad tal como a mí me tocó experimentarla y ustedes deberán inferir el sentido que tiene el ser profesor de la PUCV.



Cuando empecé a trabajar aquí, la Universidad era muy distinta a lo que es hoy. Durante estos años ha crecido en muchos sentidos, especialmente en cuanto a las oportunidades de autorrealización que ofrece a los profesores.

Mi quehacer intelectual ha crecido en cierta forma en paralelo con el desarrollo de esta Universidad. Lo cual no es extraño considerando los grandes cambios que ha experimentado desde su creación como un instituto politécnico en 1928, gracias a la fundación de doña Isabel Caces de Brown y sus hijas. La primera y fundamental decisión del obispado fue cambiar la naturaleza de esta casa de estudios de una institución politécnica como lo querían sus fundadores, a una institución que incluyera estudios superiores de ingeniería. Además, en el año 1947, el obispado trasladó el “Curso de Leyes” de los Padres Franceses (ss.cc.), a la Universidad, creando así la Facultad de Derecho cuyo recordado decano fue don Enrique Wiegand. Cinco años después, en 1952, se creó la escuela de Arquitectura gracias a la llegada de un grupo de notables, especialmente Godofredo Iommi, y Alberto Cruz, que supieron realmente hacer escuela, diferente de la de otras Universidades por su concepción de arquitectura y poesía, escuela verdaderamente mítica que se destaca a nivel nacional hasta el día de hoy.

Gracias a un convenio con el obispado, los jesuitas se hicieron cargo de la Universidad en el año 1951 y nombraron



rector al Padre Jorge González Förster, quien la dirigió por 10 años. Fue una época que después fue conocida como “época jesuita” que se caracterizó por su rápido crecimiento horizontal: Con frecuencia se abrían nuevas carreras, complementando las carreras tecnológicas que la caracterizaron en su origen. Tan rápido crecía que una autoridad de la época, el Padre Barros, lo calificó de crecimiento canceroso. Pero este crecimiento en realidad no era indiscriminado, pues tenía una clara intención, se trataba de fortalecer un aspecto un tanto débil hasta ese momento: el área de humanidades, especialmente en el sentido de formar profesores secundarios en las distintas especialidades: profesores de inglés, castellano, filosofía, historia y geografía, etc, etc. En el año 1952, los jesuitas renunciaron a su papel gobernante y el obispado nombró al primer rector laico, don Arturo Zavala.

Mi historia con esta Universidad empieza en la década del 50', es decir hace más de 60 años. En ese momento, mis antecedentes no eran más que el título de profesora de estado en inglés y haberme desempeñado como ayudante de esa asignatura en la U. de Chile, sede Valparaíso, hoy UPLACED. En aquella época ser profesional con alguna experiencia docente era suficiente en una Universidad cuyo fin era formar buenos profesionales que compartieran los valores cristianos. Con esos antecedentes entré sin problemas gracias a una serie



de casualidades. El departamento de inglés había sido creado recientemente. El profesor correspondiente había sido becado por un año a Estados Unidos, se necesitaba un reemplazante. Yo no era totalmente desconocida; mi padre había fundado en 1928 la Escuela de Ingeniería Química. Como sea, fui contratada para hacer las clases de gramática inglesa durante el período de la ausencia del profesor René Chaperó .

Mi siguiente paso en la Universidad fue resultado de la falta de espacio (en aquella época solo contábamos con la casa central y el laberinto que quedaba bajo el pensionado). Esta falta de espacio hizo que tuviera que compartir la oficina con quien sería mi gran maestro, don Luis Gómez Macker. Era un lingüista, que venía de la Universidad de Chile, prácticamente a desarrollar la lingüística en esta Universidad, hasta ese momento confundida con la filología. De inmediato me tomó bajo su alero como discípula, al ver mi interés por esa disciplina relativamente nueva y muy afín a mi profesión de profesora de un idioma, el inglés. Como dije anteriormente, es necesario buscar activamente aquello que más le interesa a cada uno, aquello para lo que uno está hecho y ello implica tomar decisiones: la primera decisión es quedarse en la Universidad y seguir la carrera docente en vez de ejercer la profesión recién adquirida. En aquella época, la Universidad solo ofrecía la posibilidad de hacer clases.



Hoy en esta universidad la decisión es más fácil pues la docencia no es la única alternativa. Esto como resultado del movimiento que se conoce como la Reforma, inspirado en un movimiento universitario transnacional iniciado en Córdoba, Argentina. En nuestra Universidad comenzó en 1965, en la Escuela de Arquitectura. Posteriormente se unieron profesores de sociología y otras escuelas y facultades y se fueron ampliando y precisando los motivos de la inquietud reinante. Por una parte se deseaba contar con autoridades colegiadas además de las unipersonales. Por otra parte, y más importante para el futuro de la Universidad, hubo un verdadero levantamiento de la comunidad universitaria en la que se dieron duros enfrentamientos entre los que solo querían mejorar la formación de los profesionales y aquellos que querían transformar a la universidad desde una institución profesionalizante a una creadora de conocimiento y no mera transmisora. Lo que se pedía era una universidad abierta a la investigación y a la formación de investigadores. Tras una consulta al profesorado y, como ya lo señalé, finalmente imperó la idea del cambio. El rector, don Arturo Zavala, renunció y asumió en su reemplazo el Sr. Raúl Allard.

A partir de ese momento se iniciaron una serie de modificaciones. Se fueron introduciendo cambios importantes en los documentos y estructuras directivas que



habían gobernado la Universidad. Entre otros, se creó el **Consejo Superior y el Capítulo Académico**; se elaboró una nueva constitución, que debió ser aprobada por Roma, y se elaboró el reglamento docente respectivo. Se creó además una nueva estructura académica, distinguiendo entre escuelas e institutos, según la voluntad de sus miembros de concentrarse en la formación de profesionales, es decir en la docencia o de fomentar la investigación de alto nivel. Es necesario reconocer que esta distinción se fue diluyendo poco a poco. El concepto de investigación como contribución al conocimiento universal fue acogido por varias de las escuelas que se habían formado y por ello esta actividad también era posible observarla en su interior.

Pero este cambio no se logró solo gracias al convencimiento de la comunidad y las autoridades de lo necesario que era fomentar la investigación. Había que prepararse y tomar una serie de medidas. Se había iniciado un crecimiento vertical que pronto adquiriría un *momentum* acelerado. Investigar no es lo mismo que hacer clases, se necesita una formación complementaria diferente. Dado que la mayoría de nuestros profesores en aquella época se dedicaban exclusivamente a la docencia y no realizaban actividades de investigación, no era posible adquirir los conocimientos metodológicos pertinentes en la misma universidad y era necesario salir a estudiar en universidades



extranjeras. Muy pronto se pudo comprobar un flujo constante de profesores de nuestra Universidad que tenían inquietudes más allá de la docencia hacia reconocidas universidades en el extranjero, especialmente, Estados Unidos, Francia y Alemania para estudiar y obtener doctorados.

Posteriormente, la Universidad y varios organismos nacionales e internacionales colaboraron con sus profesores investigadores para asistir a congresos, leer ponencias y contactarse con colegas de otras universidades. Todo esto significó un primer paso hacia el proceso de **internacionalización** que nos permite actualmente estar en la vanguardia de las distintas disciplinas y contar con investigadores de nivel internacional.

La Universidad ya no volvería a ser la misma.

Pero no solo la Universidad ofrece actualmente mayor variedad de actividades ahora; también muchas disciplinas se han ramificado ofreciendo alternativas en relación a sus objetos, perspectivas o metodologías. Al menos eso fue mi experiencia en lingüística. Cuando empecé a estudiar con mi maestro estábamos en la época estructuralista: el objeto de estudio era el sistema o, mejor, los sistemas de las lenguas entendidas como combinaciones posibles de las unidades.



La lingüística moderna propiamente tal nació a raíz de los cursos que Ferdinand de Saussure dio en Ginebra. Él definió esta nueva disciplina en base a ciertas dicotomía básicas: lengua (sistema) y no habla, significante (forma material del signo) y no significado y en relación al método para lograr describir el significante y la lengua, la combinación y la sustitución. Las unidades básicas del significante son los **fonemas** (sonidos distintivos: celo,**p**elo,**l**elo) si sustituyo un sonido por otro y cambia el significado, se trata de un fonema. Éstos se combinan para formar morfemas (secuencia de fonemas no independiente: in- **in**creíble; -ra, habl**ar**a, niño-**o**) que a su vez se combinan para formar palabras gramaticales y léxicas (aquellas que tienen significado extralingüístico) las que a su vez forman frases y oraciones. Estas distinciones han permitido describir un sinnúmero de lenguas.

Debo reconocer que no estaba en mi ánimo dedicarme a describir lenguas, pero esa lingüística me sirvió para mejorar mis clases de gramática.

Hacia pocos años que Noam Chomsky, el lingüista norteamericano, había dado a conocer sus revolucionarias teorías acerca del lenguaje y mi maestro me invitó a adentrarme en esa aventura intelectual. Así leyendo y discutiendo las ideas de lingüística generativa, cuestionándonos lo leído, logré aumentar mi bagaje de conocimiento acerca del lenguaje



y descubrí que mi interés radicaba en esta lingüística, más que en la lingüística estructural desarrollada a partir de Saussure. Chomsky, al igual que Saussure, distinguió entre lengua o habla, pero en vez de ubicar a la primera en una especie de limbo, resultado de la descripción y abstracción a partir del habla, como lo hizo Saussure, Chomsky la ubicó en la mente de cada uno de los nativos hablantes y la denominó “competencia” y llamó “actuación” al hablar. Lo más interesante, desde mi punto de vista es la teoría del innatismo de Chomsky. Según él todo ser humano normal nace con la facultad de lenguaje; prueba de ello es que todos los niños, sin importar su entorno siguen un mismo itinerario lingüístico al aprender su lengua materna. Para dejar en claro que el conductismo nada tenía que ver con este proceso nunca hablé de aprendizaje sino de “adquisición” de la lengua materna. Además de ciertos elementos innatos, de carácter universal, el niño adquiere ciertas reglas que le permiten construir oraciones de superficie a partir de categorías y estructuras innatas. Estas reglas son de diversos tipos según la operación que realizan y se van adquiriendo también en un orden determinado. Esta corriente lingüística se denominó psicolingüística por el hecho de ubicar el lenguaje en la psiquis. Sentí que esa era mi elección, que debía investigar la adquisición del lenguaje en los niños y me puso de inmediato a construir un *corpus* con las entrevistas de niños chilenos de los más diversos contextos socioculturales.



Este complemento de mis actividades originales en la Universidad se vio fuertemente favorecido cuando la Universidad decidió aumentar el número de profesores de media jornada y jornada completa, conciente de la necesidad de aumentar la permanencia de sus profesores para que pudieran llevar a cabo la investigación, tal como fue pedida por los docentes durante la reforma. Otra innovación motivadora fue la decisión del Consejo Superior de establecer la carrera docente con una escala de categorías que correspondía a profesor auxiliar, adjunto y titular. Como se comprenderá, todo esto contribuyó a aumentar el caudal de investigaciones realizadas por la comunidad docente.

Entretanto yo seguía estudiando con mi maestro y la lingüística seguía cambiando. Su objeto pasó a ser aquella parte del lenguaje hasta ahora no abordado: la actividad lingüística, es decir, habla, o actuación. Pero hacerlo exigía la colaboración de varias disciplinas: la lingüística se ramificó en sociolingüística, neurolingüística, y psicolingüística entre otras. Esta nueva interdisciplina tiene como objeto el efecto o manifestación de la competencia comunicativa en ciertos procesos mentales en los que se requiere el lenguaje, preferentemente, la comprensión y producción de enunciados, orales o escritos. Pero esto, a su vez, trajo consigo la necesidad de una nueva unidad, mayor que la oración, Se originó así la lingüística de texto.



Esta corriente, nacida en Alemania, propone como unidad del estudio del uso, el **texto**, entendido como enunciado, oral o escrito, con sentido completo y dependiente del contexto comunicativo, es decir, de el lector u oyente al que se dirige el texto joven, adulto, subordinado, igual, superior, etc. y a la intención que tiene el hablante o escritor. Así se han clasificado tipos y subtipos tipos de textos: narrativo, explicativo, argumentativo. Esta psicolingüística estudia preferente, aunque no exclusivamente, la comprensión y producción de textos escritos.

He aquí que por fin había encontrado un área de investigación que me permitía combinar tanto mi inquietud de profesora como mis ansias por contribuir al conocimiento de un fenómeno que me ha atraído desde siempre y que resulta fundamental para el ser humano: el **lenguaje**. Si a ello agregamos la fascinación que siempre he sentido por el funcionamiento del cerebro, no debe extrañar que en mis últimos años mis proyectos de investigación y mis publicaciones versen sobre ese tema. Me interesa comprobar si es posible que los sujetos puedan tener conciencia de sus procesos mentales durante sus actividades lectoras o escritoras. Es decir, si es posible desarrollar en ellos la metacognición y metalingüística y enseñarles a aplicar mejores estrategias, al tomar conciencia de las peculiaridades de los textos que enfrentan.



Pero, en forma paralela a éste mi cambio definitivo de orientación científica, el desarrollo de la Universidad exigía más y puesto que varios miembros de las escuelas e institutos estaban en posesión de grados (magíster o doctorado) éstos comenzaron a considerar la posibilidad de abrir sus propios postgrados, primero magíster y luego doctorados. Hoy en día, prácticamente todas las unidades académicas ofrecen algún postgrado (diplomado, magíster o doctorado).

Esto fue el inicio de lo que podríamos denominar las cadenas académicas internas. Al tener alumnos de postgrado propios era posible elegir, de entre los mejores y más interesados por el conocimiento, a los ayudantes. Mal que mal no somos eternos y muchos de nosotros pensamos que esto que hacíamos no podía acabar cuando nosotros nos retiráramos: era necesario formar a personas con vocación probada por el estudio para que, con el tiempo y su juventud pudieran no solo sustituirnos cuando llegara la hora de retirarnos sino superarnos. Comenzamos por incorporarlos en nuestros proyectos de investigación y luego pedirles elaborar sus propios proyectos de iniciación. No necesariamente siguiendo nuestra misma línea sino aquella que realmente los entusiasmará. De hecho, es conveniente que los discípulos no sigan exactamente la misma línea de sus maestros, pues se llegaría a lo que en inglés se denomina “*inbreeding*” o endogamia académica. La Universidad debe



estar en una constante renovación, por ello insta a sus postgraduados a seguir su formación en el extranjero, sea como pasantías o siguiendo cursos de postdoctorado, aprovechando las becas que ofrece CONICYT a quienes se hayan iniciado y mostrado buen rendimiento en la investigación. Esta forma de enfrentar la continuidad de los estudios y del espíritu propio de la Universidad evita, por una parte, que las unidades académicas pierdan su identidad, dada por sus antiguos profesores y, por otra que se estanquen precisamente por ser éstos, “antiguos”.

En otras palabras, quien quiera hacer su futuro como profesor de una de las universidades de calidad debe estar preparado no solo para estar actualizado en su área para enseñarla sino debe estar dispuesto a colaborar en estos avances mediante su propia investigación original. Antes de decidir si se va a dedicar a ejercer su profesión recién adquirida llevando a la práctica lo aprendido o si se quiere dedicar a aumentar y actualizar el conocimiento en el área correspondiente, es indispensable que, durante sus estudios universitarios, descubra en cuál de estos ámbitos tiene más posibilidades de ser feliz, de aportar, de dar a los demás.

Afortunadamente, la Universidad tiene ahora una estructura tal que le da tiempo y le da a todo aquel alumno que se encuentre en esta disyuntiva la oportunidad para tomar



una decisión bien pensada. Si sus estudios despiertan en él un verdadero interés por el área elegida es altamente probable que prosiga estudios de postgrado y se destaque por su interés en participar en las clases más relacionadas con ella y por su buen rendimiento en las pruebas y *papers* que debe escribir. Uno o más de sus profesores puede solicitarle ser su ayudante de pre-grado. Si acepta, esto le permitiría tener un atisbo de lo que implica la actividad docente en la Universidad: hacer temarios pertinentes, elaborar bibliografías adecuadas y actualizadas, inventar formas de evaluación que detecten el aprendizaje buscado. No se trata, por cierto, de que el alumno recién nombrado ayudante realice estas cosas, de hecho, el reglamento de docencia lo prohíbe. Pero, si el profesor es un verdadero maestro, el alumno podrá conocer los criterios que éste usa para llevarlas a cabo. Pero no solo eso, es posible que más adelante lo incorpore como colaborador en algún proyecto de investigación. Eso le permitirá asomarse al mundo de la investigación, ese maravilloso mundo en el que uno puede llegar a decir lo que nadie ha dicho hasta ese momento, aportar al pozo siempre creciente del conocimiento pero siempre insuficiente. Descubrir que el conocimiento que se divulga, no a nivel de alumnos que saben menos sino al público de iguales que pueden criticar o contradecir lo que uno cree haber aportado. Se trata, no solo de adentrarse en aspectos no investigados hasta



ese momento o en los que se ha avanzado poco. Los verdaderos avances se consiguen cuando se logra probar que lo que se aceptaba hasta ese momento como verdadero no había resistido todas las pruebas de verificación y, por lo tanto era necesario encontrar una nueva explicación para el fenómeno que esa teoría había pretendido explicar.

Algunas unidades académicas, impulsadas por este espíritu de renovación y actualización decidieron iniciar la publicación de sus propias revistas, dándoles así la oportunidad a sus alumnos de postgrado de iniciar sus publicaciones y, de paso, engrosar su currículum. En algunos casos, tratan de alcanzar la calidad necesaria para que investigadores de otras universidades nacionales o extranjeras quieran mandar sus trabajos para ser publicados en ellas. Por ejemplo, el Instituto de Literatura y Ciencias del Lenguaje fundó en el año 1967 la revista *Signos* que hoy se especializa en temas de lingüística debido a la creación de otra revista, en el mismo Instituto, esta vez dedicada a la literatura. La revista *Signos* ha adquirido renombre y, por ello recibe artículos de diversos países de habla hispana, incluyendo España y ha sido aceptada en SCIELO.

No he pretendido, con lo dicho hasta ahora, relatar la historia de nuestra Universidad y ciertamente que, desde el punto de vista cronológico hay varias inconsistencias. Sólo he querido



resaltar ciertos aspectos que, desde mi perspectiva, reflejan, parcialmente, la complejidad de posibilidades que la Pontificia Católica de Valparaíso puede ofrecer a las nuevas y no tan nuevas generaciones de profesores contratados actualmente. Quiero que comprendan cuánto ha avanzado y se ha actualizado la Universidad en estas últimas décadas, ello gracias al esfuerzo de su propia comunidad. Los invito a que se sientan parte de ella y acepten las responsabilidades que les toca asumir y así descubran cuánto pueden hacer por ella. La Universidad no es algo externo, no es una estructura fija, es una entidad viva, en continuo desarrollo gracias a las inquietudes de sus integrantes. Si realmente aman el conocimiento, su enseñanza y profundización, serán curiosos, tenaces, creativos, y así contribuirán a su propio avance y con ello al engrandecimiento de nuestra universidad y créanme al mismo tiempo serán felices haciéndolo.



Edición al cuidado  
de la Dirección General  
de Vinculación con el Medio

Pontificia Universidad  
Católica de Valparaíso

Diseño y diagramación:  
Max. Valdivia

Impresión:  
Lito Garín  
Valparaíso

Marzo 2012

